La experiencia y la filosofía demuestran que las naciones tienen un destino que llenar, una misión que cumplir, de la cual no pueden apartarse, porque así lo determinó en sus profundos juicios la santa é incomprendible sabiduría del Hacedor. Cuando recorremos la historia de aquellos imperios, que en sus períodos de esplendor ó de decadencia han absorbido la atención universal, pasa nuestro espíritu alternativamente del temor á la esperanza, de la alegría al pesar, del horror á la complacencia, y del entusiasmo al desaliento. Vemos como en un espejo purísimo (porque este es el mágico poder de la historia) retratadas delante de nuestros ojos las escenas de los pasados siglos; y como los hombres que figuraron en ellos son nuestros hermanos, sus desgracias ó felicidades, á pesar de lo remoto de los tiempos, nos inspiran una vivísima é irresistible simpatía. ¿Quién no se aflige al ver al inculpable Sócrates condenado á muerte por la supersticiosa Atenas? ¿y quién no se llena de alegría al ver á Ciceron conseguir de Cesar el perdón de Ligario con su dulcísima persuasiva, ó salvar á Roma del furor del ambicioso Catilina con el poder de su arrebatadora elocuencia? ¿Quién no se entristece al ver ahogada la civilización antigua con la destrucción de Cartago? y ¿quién no se regocija al ver á Augusto protegiendo á los sabios de su tiempo, ó á Marco Aurelio haciendo con sus virtudes la felicidad del